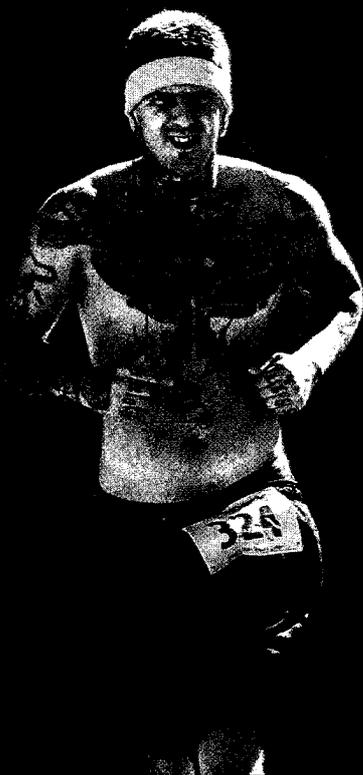


Mientras corren, los presos se olvidan que arriba de ese muro hay una docena de guardiacárceles con armas listas para ser disparadas si alguien hace algún movimiento corporal que nada tenga que ver con el running.



POR
MICHAEL HEALD

FOTOGRAFÍAS DE
HOLLY ANDRES

LA ÚNICA CÁRCEL DE MÁXIMA
SEGURIDAD DONDE LOS
CONDENADOS CORREN CARRERAS
DE 5K, 10K Y HASTA MEDIA
MARATÓN DANDO VUELTAS AL
PATIO INTERNO. UN PERIODISTA DE
RW FUE PRESO POR UN DÍA.
ACÁ, SU EXPERIENCIA.

EL

MURO



En 1866, cuando el primer interno llegó, la Penitenciaría Estatal de Oregon aún no tenía muros. Se convertía en una situación difícil operar una cárcel en construcción, por lo que decidieron atarles grilletes de acero alrededor del tobillo a los presos, con una bola de acero de 15 kilos además. El dispositivo rápidamente pasó a ser conocido como la “bota Oregon”. Imposible correr con ella, tampoco moverse rápido. Ya con una pared de más de cuatro metros de altura, los guardias igual se sentían más seguros si toda la población llevaba la “bota”. Pronto los internos comenzaron a sufrir una agonía permanente. El hierro atravesaba el cuero de sus botas y la piel de sus tobillos. Muchos ex convictos quedaron rengos.

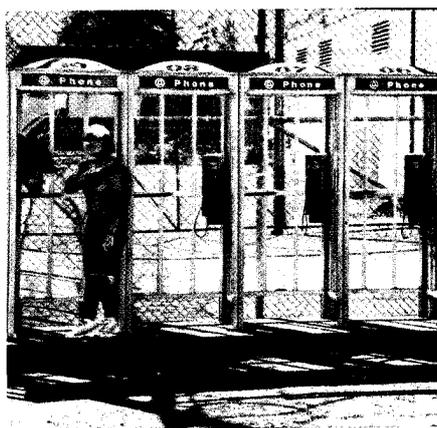
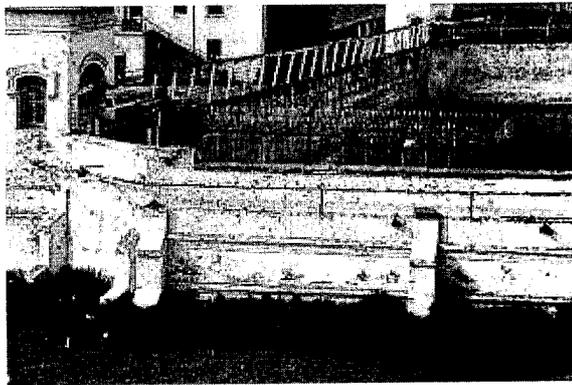
Finalmente, en 1878, el alcalde declaró que el uso de la bota se reservaba solo para situaciones de indisciplina o transporte. Con el tiempo se convirtió en una reliquia, simple pero de mucha crueldad.

Para el verano de 2014, cuando empecé a correr carreras en la cárcel, no solo la bota llevaba fuera de uso cerca de 75 años, sino que los reclusos podían comprar zapatillas por correo. Con el paso de los años, el running se convirtió en uno de los privilegios más buscados por los hombres de adentro. El muro, por cierto, ahora mide ocho metros.

“No sé sobre esos pantalones cortos”, dice la oficial del correccional. “Se supone deben tapar la rodilla”.

“Llegan a la rodilla –le respondo tirando de la cintura hacia abajo–. Hasta la parte superior de la rodilla. Mire, yo tenía estos mismos pantalones la última vez que vine y nadie me dijo nada”. “Como usted quiera –dice ella– ¿pero puede hacer que lleguen más abajo?”.

Mientras los otros forasteros se quitan los zapatos y pasan a través del detector de metales, yo debo lidiar con mi ropa. Me recordó la primera vez que fui a bailar. La única cosa que me separaba de los misterios de la vida era el gorila de la puerta. Claro, una cárcel de máxima seguridad



no es la clase de club donde uno discute para entrar. El “Asesino Sonriente” es el más nuevo de una larga lista de asesinos seriales famosos que terminaron en esta cárcel. La mayoría de las personas que esperan por nosotros fueron sentenciadas por violencia y homicidio. El código de vestimenta es ostensiblemente estricto para nuestra propia protección. El mensaje es que si mostrás demasiada piel no se sabe qué puede pasar. Así que tironeo los pantalones hasta que la oficial asiente.

Sacando este detalle, el ritual igual al de mi visita anterior. El discurso sobre que puedo ser tomado de rehén, la estampa con tinta invisible, las puertas que se abren y se cierran. Estoy ex-

pectante por sentir las miradas en mis piernas aparentemente demasiado desnudas, pero el área principal está casi vacía tan temprano en la mañana, y antes que me dé cuenta ya pasé por el bloque de celdas, la enfermería y los otros pasillos que se comunican. Ya estamos afuera, en dirección al patio.

Una fila de cabinas telefónicas –que nunca funcionan durante las carreras– se alinea a nuestra derecha. Justo adelante, dos diamantes de baseball se acúan dentro de la pista de atletismo. A pesar de la extensión de pasto, y un sorprendente número de flores, la sensación del gris es abrumadora. Mis ojos chocan con el concreto en todas direcciones, con el ocasional



La Penitenciaría del Estado de Oregon en el tiempo: la Oregon Boot (arriba a la izquierda) contuvo presos, incluso después de una pared (centro) fue erigida alrededor de 1866; el patio como lo es hoy (arriba y abajo a la izquierda).

florece de alambres de púa.

Afuera, en la pista de asfalto, los runners entran en calor con buzo y jeans. Aun con la indumentaria extra obligatoria—un chaleco naranja para que los guardias puedan diferenciarnos fácilmente de los reclusos uniformados de azul—estamos escalofriantemente desvestidos por el momento. El sol aún no pasa por encima del muro y el lugar se siente cavernoso como un estadio de fútbol vacío.

Tan pronto como las puertas se cierran detrás nuestro, un pequeño grupo de internos se acerca a nosotros sujetando alfileres de gancho. Hay escasez de ellos, nos explican, y quieren estar seguros de que nuestros dorsales no estén

flameando durante 21 kilómetros. “Él es Gary”, le digo al grupo de muchachos—mi jefe, ojo”.

“Buenos días”, saluda Gary.

Gary Geist es el dueño de la cervecería en la que trabajaba en Portland. Aunque está cerca de los 50 años, tiene 2:29 en maratón y va a correr en círculos alrededor de todos hoy, excepto por Jeff, el más rápido de los internos. (Por privacidad y pedido de los reclusos, solo se usarán los nombres de pila o apodos. Por respeto a sus víctimas decidimos no incluir detalles sobre sus crímenes). Gary nunca estuvo en una prisión

antes. No es difícil imaginar lo que está pensando. Yo fui el “nuevo” la última vez y mi amiga Rebecca y Hopi fueron los veteranos que me

presentaron con el grupo. Cuando vi como los internos tratan con respeto a las mujeres mi ansiedad se sofocó.

Uno de los muchachos me llevó a un costado. “Estoy muy contento de que hayas regresado”, me dijo, y luego me confesó que se despertó llorando antes de darse cuenta de que hoy era día de carrera. Somos la única visita que recibe. Nos dimos la mano y nos palmeamos el hombro, pero igual me sentí un poco extraño. Un

par de noches atrás me puse a revisar su pronuntario. No sé por qué, pero de pronto quise saber qué había hecho cada uno. Me detuve antes de ir demasiado lejos. “Es bueno verte”, le respondo. Le echo un ojo a Scott, el interno que espero tener cerca hoy. No lo vi entre los que ya comenzaron a entrar en calor en la pista.

Tampoco entre los que estiran en el campo, y aunque hay un puñado de presos trotando y otro grupo preparando los puestos de hidratación y el sistema de audio en la otra punta de la pista, todos lucen demasiado grandotes como para ser él. Scott debe estar en el granero. Alrededor mío la gente discute sobre cómo agruparse por ritmo, qué tan caluroso se va a poner, si el desayuno fue suficiente o no. No se nota ninguna diferencia con la ansiedad que se siente en los diálogos previos a cualquier otra carrera. Mi primera vez adentro ni siquiera me di cuenta de que los guardias cargaban sus armas arriba del muro hasta que llegó la hora de irse.

Los parlantes toman vida y comienza a sonar música. “¡Veinte minutos!”, anuncian. “¡Veinte minutos para la segunda Media Maratón anual High Wall (muro alto)!”.

COMO TODO CORREDOR SABE, este deporte moldea la identidad de cada uno. La disciplina autoimpuesta allá fuera puede aplicarse a casi cualquier cosa que uno hace. Para muchos de los internos, particularmente los que cayeron en alguna adicción, el running les ofrece un nuevo manual de cómo vivir. A una hora de Portland, en la ciudad de Salem, la PEO es solo para hombres, pero mujeres y hombres son bienvenidos a competir con los internos en el circuito de carrera. Un viernes o sábado al mes, de marzo a octubre – siete 5 y 10K y una media maratón—. De los 2.300 prisioneros, 130 son parte del Club de Running. Con más de cuatro décadas, fundado y organizado por reclusos, la existencia del programa sugiere demostrar que la cárcel puede ser rehabilitante. Dieciocho meses de buen comportamiento se requieren para entrar al club, y puede llevar años para que se haga un lugar en la lista de espera. Además del derecho de participar en las competencias, los miembros tienen permiso diario de acceder al patio con el solo propósito de entrenar, una alternativa mucho mejor que salir cuando los presos comunes copan el espacio.

“¿Ya eran corredores antes?”, les pregunté a un par de internos –Tedd y James– cuando visité la prisión un día en el que no hubo carrera, esperando saber algo más de sus vidas. “Como

cuando eran más... jóvenes?”. Fue difícil no sentir que les estaba preguntando cuánto tiempo llevaban adentro.

“Corría, pero no me hubiera definido como un runner”, dice James.

“Es terriblemente sedentario. Pesaría 150 kilos si no fuera por el ejercicio diario. Acá tomás agua y engordás”, agrega Todd.

“Correr hace la diferencia”, me dicen, pueden ponerse metas y entrenar para ello. Son un poco más viejos que yo, treintilargos o apenas cuarenta, pero por sus crímenes, ya no tienen relación con sus familias. Salvo por mal comportamiento –o peor suerte– vivirán juntos al menos hasta que Todd salga en libertad, en 2028. Después James tendrá otros cuatro años por delante sin su mejor amigo. “Acá es como

“CUANDO CORRO NO VEO LOS MUROS. ME SIENTO REALIZADO Y COMPRENDO QUE LA VIDA DEBE SEGUIR”

correr maratones, no 5K”, explica.

Ellos son parte del Club de “Un mal día”, comentan. Eso implica llevar vidas respetables, querer a sus familias, acordarse casi siempre de ir a votar y reciclar la basura hasta que un día todo se rompe. Me imagino una pelea en un bar que se pone fea, salir a manejar bajo la influencia del alcohol o alguna estupidez por probar alguna droga.

“Cuando corro no veo los muros. Me siento tremendamente realizado y comprendo que la vida debe seguir. Acá se puede volver todo muy oscuro. Pero por más duro que sea no vamos a vivir aquí por siempre”, explica James.

“Por eso los días de carrera son tan importantes”, agrega Todd. “Que vengan ustedes de afuera es una forma de demostrar que somos normales, una chance de sentirnos normales. El 93% de nosotros volvemos a la comunidad y correremos a tu lado, pero no vestidos de azul”.

iRUNNERS, quince minutos!

Supongo que no debería asombrarme que solo cuatro corredores de afuera hayamos aparecido hoy. ¿Cuántas personas son capaces de tomarse un viernes en el trabajo para correr una media maratón en la prisión? Le pregunto a Todd, que trabaja como coordinador del programa de running, cómo está la situación comparada con los 21K del año pasado.

“Hay cerca del doble de internos corriendo”, me responde.

“¿Y de afuera?”, le pregunto. “No había venido ninguno”, me informa.

Una multitud se ha reunido en el cartel donde se divide la vuelta. Mickey, de 51 años bien llevados, en cuero y bronceado, nos pregunta a Gary y a mí qué tan rápido planeamos ir.

Cuando le digo que me sentiría feliz con 1:35, lo que se traslada a 3:05 por vuelta, Mickey frunce el seño y nos dice: “Intentaré ir con ustedes aunque sea por un rato”.

“Voy a salir suave”, le advierto. “¿Y qué tal vos?”, le consulta a Gary, cometiendo el error de juzgarlo por las arrugas de su rostro.

Gary dice que intentará terminar en el rango de la hora veinte.

“Estarás ahí nomás con Jeff”, le advierte Mickey.

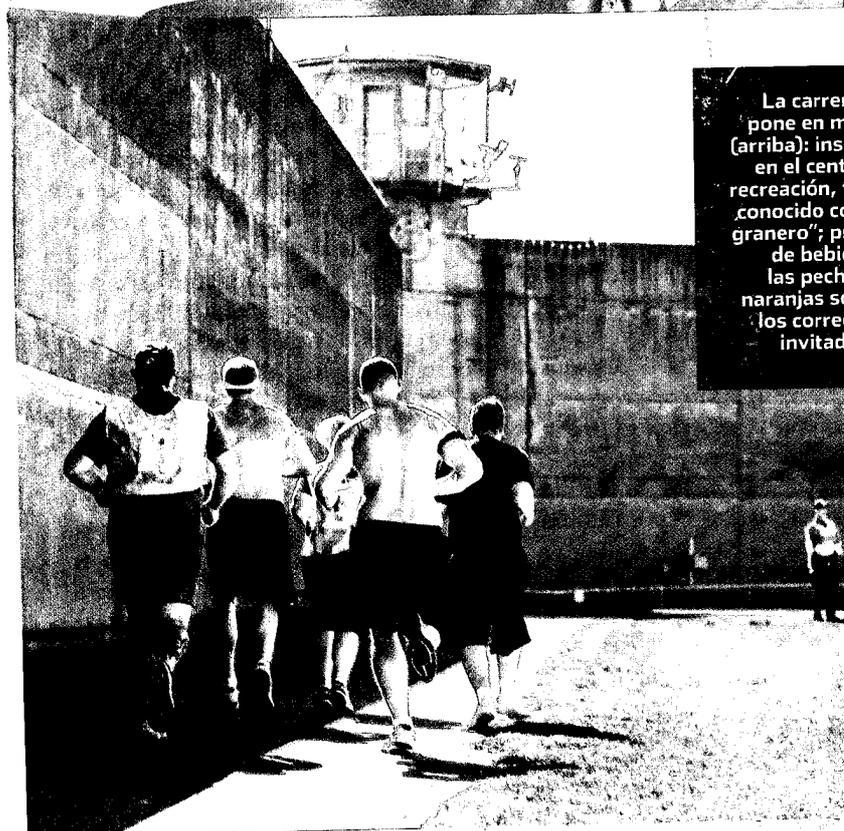
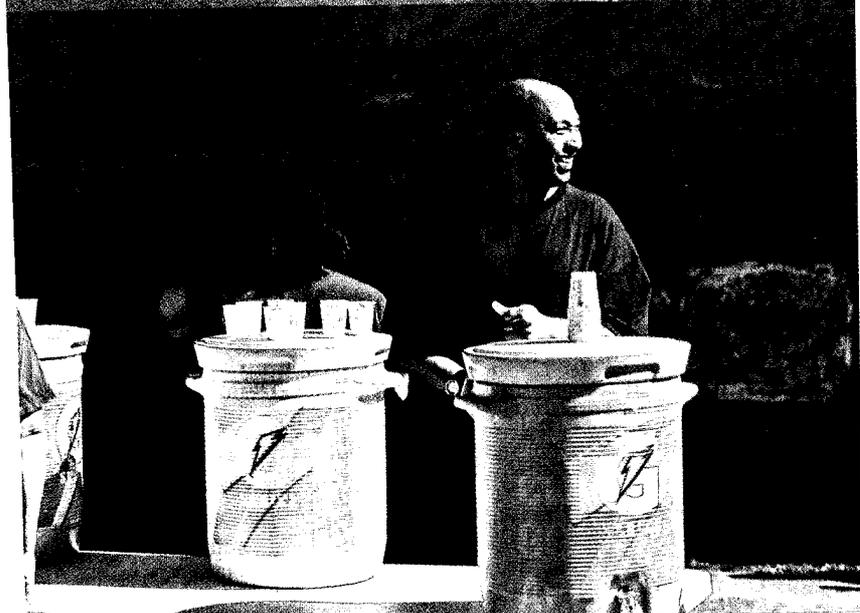
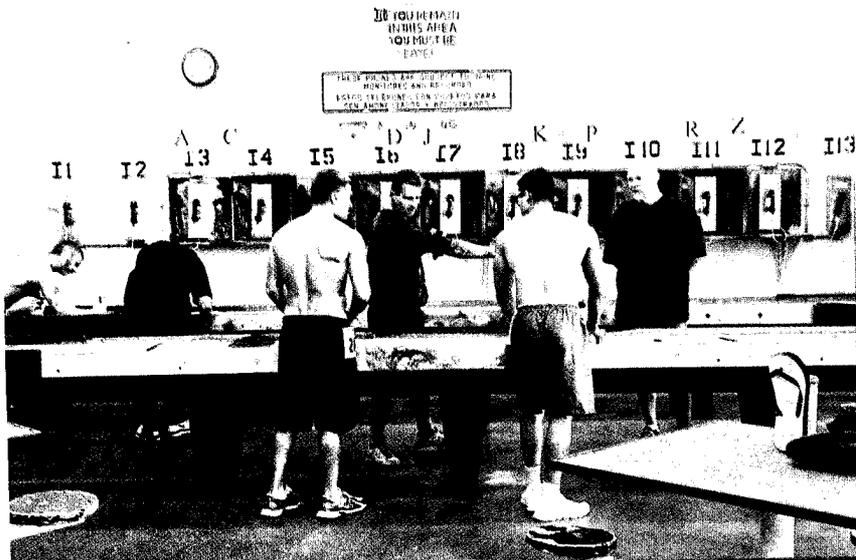
“¿Jeff aún está lesionado?”, le consulto. “¿Acaso luce lastimado?”.

Giramos para ver dentro del campo. Como es normal, Jeff está en la suya, estirando en el pasto. Se saca los auriculares a medida que nos ve acercarnos (los presos tienen derecho a

comprar reproductores MP3 autorizados). Como Mickey, también se sacó la remera. Con un día abrasador como hoy, cargar con dos prendas (el chaleco naranja debe ser molesto para usar sin nada debajo), me pone un poco nervioso, pero hasta donde recuerdo esa indumentaria es mi ticket de salida.

Jeff se pone de pie. El interno más veloz es más alto de lo que recordaba, debe medir casi dos metros.

“No sé exactamente por qué, pero me estoy sintiendo mejor”, comenta. Mientras prueba su tendón de Aquiles caigo en la cuenta de que sus zapatillas lucen más de training que de running. Tal vez esa es la causa detrás de su lesión, pero me muerdo la lengua. Jeff gana más de cien dólares al mes en la lavandería, uno de los trabajos mejor remunerados dentro del penal, pero no puede ir a una casa de deportes. “La semana pasada corrí 1:26 en entrenamiento”, dice.



La carrera se pone en marcha (arriba): inscripción en el centro de recreación, también conocido como "el granero"; provisión de bebidas; las pecheras naranjas son para los corredores invitados.

Yo voy buscando a mi rival. El "edificio de recreación", la estructura grande a mitad del campo, está dividida en tres secciones. Es el granero menos encantador, como le llaman los internos, y nunca estuve dentro. A pesar de albergar una cancha de básquet y un vestuario enorme, no tiene aspecto deportivo. Imaginen un comedor, pero encima de las mesas, en vez de comida, está la ropa pròlijamente doblada de todos los corredores. Noto que uno abrocha la foto de su familia a su short. Recojo mi dorsal de corredor y les doy mi nombre a los muchachos que se encargan de la clasificación. Debajo de cada número está escrito el lema del club: "Corre por tu vida".

Finalmente descubro a Scott, sus jeans y buzo con capucha amenazan con tragárselo. Está solo cerca de la mesa, junto a la otra pared, revisando una impresión de sus parciales del año anterior. Mientras lo observaba ganar los 10K del mes pasado descubrí en él un paso ligero que solo puede venir de alguien con experiencia en cross-country. Resulta que corría en el equipo de la Secundaria Beaverton. Ahora luce extraordinariamente concentrado. "Michael, ¿estás listo?", me pregunta.

"No sé con este calor, pero creo que puedo ir por mi mejor marca", le digo.

"¡Eso!, a darle", me alienta.

Es un poco embarazoso admitir que corrí solo un 21K el pasado mes de abril. Solo yo y cinco amigos con un desnivel de más de 300 metros.

"Después de la última vez me di cuenta que había leído tu historia en Arizona que intentó clasificarse a los Juegos Olímpicos", me cuenta.

"Así que reciben Runner's World acá", le digo. "Que groso".

"El flaco de la celda de al lado de la mía tiene una suscripción. ¿Sobre qué vas a escribir el próximo número?", pregunta.

¿Sobre qué voy a escribir después? Me devano los sesos tratando de recordar la conversación que tuvimos en mi primera visita. Claro que mencioné la revista pero, ¿le expliqué qué pasaba o solo pensó que estaba ahí por la carrera? Él tiene un trato gentil conmigo, pero ahora probablemente debe estar repasando todo lo que me compartió: sus seis hijos, su mujer que lo visita a diario, los 10 mil kilómetros corridos, los 14 mil en la elíptica y los 12 mil en la bicicleta fija. "Si los sumás todos estoy cerca de dar la vuelta al mundo", comenta sobre la distancia cubierta desde que fue encerrado en 2007. Lo

último que quiero es engañarlo y por eso le comento que la idea es escribir sobre él y todo esto.

"Oh... ok".

"Disculpá si no fui claro", le digo.

"Creí que venías solo por las carreras", me comenta.

"Bueno, estoy acá por eso también", le contesto.

"Quiero correr bien".



**Kelley Slayton
invierte lo que
cobra como preso
en zapatillas. Su
vida cambió gracias
al running.**

El locutor anuncia que faltan solo 10 minutos. Scott se saca el buzo. "3:05, eh", me dice. "¿Qué?"

"Ese es el parcial por vuelta para tu PB".

No puedo decir si está contento o enojado. Es difícil conocer a alguien que no tiene teléfono donde llamarlo o correo electrónico para escribirle. Después de la primera carrera consideré escribirle una carta, pero descubrí una real renuencia en dar mi dirección y abrirme uno vaya a saber a cuántos años de correspondencia. Después está la pregunta de por qué está acá y si la respuesta puede cambiar o no lo que pienso de él.

ENTONCES, ¿POR QUÉ hacer la pregunta? Soy uno de los que creen que las personas, aunque hayan cometido un error o acto de violencia, pueden recuperarse. En cualquier caso, vale la pena considerar el caso de Kelley Slayton. Encerrado a los 24, Kelley no estuvo sobrio hasta pasados seis de sus catorce años de sentencia. "Mi padre fue una gran influencia", me contó recientemente mientras trotábamos a orillas del río Willamette. "Ganó la categoría de veteranos del Maratón de Portland cuando yo tenía 19 años. En ese tiempo podía competir con él después de intoxicarme toda la noche, pero no me veía como a un corredor. Una vez adentro me di cuenta que el running era una manera

de mantenernos unidos".

Le pregunté qué relación encuentra entre correr y mantenerse sobrio.

"Con las carreras en la cárcel me di cuenta que odio perder.

Podía darme cuenta que cuando me estaba haciendo nada bien. "Mi último trago fue a parar a un balde", me contó.

Kelley vive con el tipo de alegría que se obtiene al saber que venció las posibilidades. Conocido como "La Roca" por los hombres de adentro, el ex campeón de peso mediano de la prisión tendría una imagen de duro si no fuera por su constante sonrisa. Resulta difícil creer que durante su sentencia fue llamado "monstruo" por el juez, que se animó a decir que deseaba que permaneciera encerrado por siempre.

Con crímenes violentos, perdón y entendimiento están casi siempre fuera de la cuestión. Cuando confrontan con los hechos de su vida, la mayoría de las personas, sin importar qué tan abierta tengan la mente, se retiran emocionados. Las marcas del encarcelamiento podrán ser menos obvias que las dejadas por la bota Oregon hace 150 años, pero son igual de permanentes. De 47 años, Kelley fue puesto en libertad en 2006, tras haber completado su primer maratón en el asfalto implacable de la PEO. Desde aquel momento corrió los 42K de Boston y de Nueva

York con un mejor tiempo de 2:50. Pero más importante es que, a pesar de sus antecedentes, se las arregló para encontrar una carrera significativa para él. Después de

batallar por años para hallar trabajo, pasó un tiempo como sereno del estadio de fútbol".

"¿Cómo es?"

"La primera vez que volví a entrar fue extraño", y prosigue. "Cuando crucé la puerta uno de los guardias me preguntó qué estaba haciendo ahí. Le dije que estaba por la carrera, que había traído conmigo a cuatro corredores. Él me volvió a preguntar muy serio: ¿Qué hacés acá?. Yo tenía mis motivos. Hay gente que intenta hacer algo tan estúpido como eso".

"Pero él te estaba mirando de la misma forma que antes, cuando eras un recluso", le dije.

"No lo culpo. Él no sabe de mis motivos. No sabe cómo cambié mi vida".

LA VUELTA ALREDEDOR del campo es de 689 metros, no llega a ser media milla. Treinta y un giros hacen una media maratón, por lo que pasaremos treinta veces por el puesto de agua, haciendo de esta tal vez la carrera con mejor sistema de hidratación del país. Aparte de eso, los geles hacen lo suyo. Parece que todos cargan el suyo, pero yo dejé el mío, de doble expresso,

al pie de la mesa de hidratación y si no llega a estar ahí dentro de una hora la voy a pasar mal. Los presos pagan por ellos, y si desaparece no puedo quejarme.

"Corredores en sus marcas", anuncian. Treinta y siete de nosotros nos acomodamos en la línea de largada. El resto del Club de Running está a cargo del puesto de hidratación (tres grandes coolers de gatorade, limonada y agua), colaborando con el conteo de vueltas o solo alentando a los corredores.

"Listos", se oye. Por supuesto que acá no hay disparo de salida. Jeff y Gary pican en punta. Yo me acomodo en un grupo con Scott, Mickey y un tipo llamado Trapper. Como premio por correr 21K, o tal vez para evitar el aburrimiento, los guardias habilitaron una zona extra del campo, debajo del muro, que continúa en una pista de tierra pisada. La maraña descolorida de verde y blanco junto al camino se revela como un campo de golf en miniatura. Después de un par de giros de 90 grados pasamos por el retome y de nuevo a la pista. Este segmento extra es sin dudas mi parte favorita de la vuelta. Rompe con la monotonía del asfalto y es el único momento en el que me siento ágil y liviano como cuando corro por el Forest Park. También me resulta estúpidamente divertido pensar que el campo de golf pueda estar en uso. El respiro más interesante es al pasar por el "pantano", un segmento de césped muy regado por el que cruzamos cada vez que dejamos la pista para rodear el granero. De otra manera solo sería dejar atrás el asfalto una y otra vez, y aunque suene la música se siente todo muy vacío ahí fuera, con el calor aumentando, especialmente detrás del granero. Claro que los guardias no aplauden ni agitan campanas a nuestro paso.

Cada vez que rodeamos la parte de atrás del granero y alcanzamos la sombra debajo del muro, el locutor relata las acciones y eso tangiblemente ayuda a levantar la energía. "Seis vueltas para Gary Geist", oímos que dice. Eso significa que ya nos sacó media vuelta. Y Jeff va aún más adelante. Dentro de poco pasarán junto a nosotros.

Mickey me advierte que los giros de herradura lo están matando. "Estoy acostumbrado a correr en línea recta. Mis músculos no saben qué hacer con giros como esos", me dice.

ENTRE EL PÚBLICO de azul, en la línea de

largada, se destaca un hombre que viste una remera roja. Scott me cuenta que es un empleado de la prisión—el único del personal que alienta a los runners. No me sorprende al enterarme que también es maratonista. El espectador más dedicado, sin embargo, es un viejo recluso parado solo en el retome, que aplaude vivamente cada vez que pasamos. "¡Vamos muchachos, vamos!", alienta.

El ritmo al que vamos es confortable. "Son muchos los que mejoraron. El año pasado era el único por debajo de 1:50", me comenta. Terminó en 1:33, estaba varios kilómetros por delante, igual que Jeff este año. Le pregunto por qué decidió ingresar al Club de Running. "Tenía 25 años por delante y sabía que iba a tener acceso limitado a poder cuidar mi salud. Quería cuidar mi corazón y, emocionalmente, quería correr", me cuenta.

Después de varios kilómetros, Scott me cuenta de su primera maratón, que fue en 2011. Soñó con eso durante años pero le preocupaba no tener el tiempo suficiente para terminarla. Se

**"COMPETIMOS.
CLARO QUE LOS
GUARDIAS NO
APLAUDEN NI
AGITAN CAMPANAS
A NUESTRO PASO"**

dio cuenta que la mejor opción sería intentarlo un día de carrera, ya que los guardias suelen darles un tiempo extra. Si se mantenía afuera después de la carrera y seguía corriendo durante el cambio, podría tener suficiente tiempo como para cubrir los 42.195 metros antes de que los guardias "limpien" en patio. Para lograrlo debía bajar las cuatro horas.

El maratón de Scott comenzó en el instante en que lo llevaron afuera ese día de primavera de 2011. Hizo 3K antes de que la competencia oficial comenzara, luego peleó con el impulso de acelerar en el tramo final de los 10K junto a sus compañeros de grupo y siguió corriendo

mientras los demás se relajaban post carrera. Un poco antes de llegar a la mitad, el Club de Running volvió a sus celdas y los presos comunes coparon el patio, empezó a esquivar a los "No corredores", sin mirarlos para evitar distracciones.

La preocupación a los 21K, los calambres a los 26K. Estaba lento para el objetivo, pero solo un poco. Apuré el paso, se le agarrotaron las pantorrillas. El cerebro le empezó a fallar mientras intentaba calcular los parciales para las nuevas vueltas. No fue hasta el K37 que se dio cuenta que no podría hacerlo. En el K40 los guardias despejaron el patio. Casi sin poder caminar, Scott estaba determinado a terminar su maratón. Cojeó hasta su bloque de celdas y tras 10 minutos en la elíptica cruzó la meta con 4:01:47. Luego de esta corrió otras tres maratones, con la disponibilidad del horario del patio, con un RP de 3:25. Podría correr una milla debajo de cuatro minutos y probablemente yo seguiría maravillado por esos 42K en 4:01.

BEN ANDREWS, un corredor sub 4 de la milla, vino por primera vez en 2000. Su visita coincide con la última derrota de Kelley Slayton. "No recuerdo haber estado nervioso", me comenta Andrews, que ahora maneja una inmobiliaria. "Más que nada curioso por la situación. ¿Qué le habrá pasado a todos estos tipos? Nunca me olvidaré la primera vez que vi a Kelley ahí fuera en el patio. Estaba tan agrandado, parecía como si llevara audífonos pero no. Solo se estaba preparando para competir". "Y esa primera vez, ¿fuiste a competir?".

"La primera vez corrí con él. No iba a ser el estúpido que llega a patearle el culo a estos tipos. Cinco metros detrás escucho que me gritan: 'Che, lindito. Mejor que salgas a correr, no viniste acá a charlar'. Me dijeron lindito porque me depilo las piernas. ¡Madre mía!", me contó. "Sí, me sacaron la ficha. 'Chico lindo, chico lindo', y yo pensando ESTOY MUERTO, ¿AHORA QUÉ HAGO? Volví a acercarme al grupo y me presenté. El flaco me dijo 'Mirá, te quiero decir algo, si no corrés fuerte no vas a ser bienvenido. Tal vez te dejen entrar otra vez, pero no vas a ser bienvenido por nosotros'. '¿Y qué hiciste?', le pregunto.

"¿Qué pensás que hice? Después de ganar me di cuenta que la carrera era por el segundo puesto. Rock fue puntero todo el tiempo hasta que Jhonny hizo un cambio de ritmo y lo colgó. Deberías haberlo visto a Rock, todo tatuado, parece un mal tipo. Estaba llorando pero no se escondía, era emoción cruda, estaba despojado. Me le acerqué a hablarle. 'Hola, buena carre-

ra. ¿Cuál es el problema?”. Me dijo que odiaba perder, y me ofreció a ayudarme para que nunca más pierda.

“Miró hacia arriba y fue como si las lágrimas volvieran a entrar por sus ojos. Ahí fue que me preguntó: Uh bueno, ¿vos qué me podés enseñar?”. Con esa charla Andrews se convirtió en uno de los atletas de élite en entrenar prisioneros de la PEO.

“Pasé de gastar 400 dólares al año en llamadas a mis viejos en el primer año de universidad a gastar lo mismo en llamadas por cobrar para hablar con Kelley unos años más tarde”, explica Andrews. “La forma en que nuestras vidas cambiaron —yo pasé tiempos difíciles también— y la de él era una de las voces amistosas en mi vida, diciéndome que todo iba a estar bien. Somos del mismo barrio. Conocer a Kelley me cambió la vida para siempre”.

“¿Te agarró ansiedad al saber que se acercaba la fecha de su liberación?”.

“No. Para mi amigo era comenzar un nuevo capítulo de su vida. Eso fue todo. Recientemente contraté para la oficina a alguien con antecedentes, todo por mi relación con Kelley. Ahora veo a las personas de otra manera”, me dijo.

“Vine a acompañar a Kelley el día que lo soltaron. Fue muy fuerte. Recuerdo tomarle la mano mientras caminábamos por el pasillo del hall antes de que nos retengan los documentos. Recuerdo haberle dicho, “Hiciste un gran trabajo”. Me miró y se largó a llorar. ¡Lo estaba haciendo!”.

“LOS CORREDORES HOY quemarán un promedio de 120 calorías por milla”, informaba el locutor, que se ocupó de aportar datos curiosos además de comentar las acciones de la carrera. De fondo, Paul Simon le daba espacio a Bruce Springsteen y luego seguía Pharrell Williams. Scott y yo promediábamos un poco menos de una canción por vuelta. Los corredores a los que pasábamos siempre tenían una frase de aliento: “Van bien, fuerza, están volando”. “Ustedes también”, les devolvíamos.

“101 años tenía la persona más anciana en terminar una maratón”, informaba el locutor. Prácticamente todos los tipos de cuerpos posibles estaban representados dentro del circuito. Presos desde los 20 hasta pasados los 60 años. Algunos, como Jeff, muy en forma. Otros cargaban un poco de panza. Cuando los corredores marcaban alguna vuelta importante, el anunciador se encargaba de informarlo. “Va por la mitad” o “Completó las dos terceras partes”, lo que se convertía en una palabra de aliento

y motivación. Me pregunto si del otro lado del muro se llega a escuchar lo que pasa adentro. “Durante la carrera los runners perderán aproximadamente medio litro de sudor por sus pies”, detalla el locutor. Mis pies, justamente, se sienten cada vez más y más livianos. No siempre el ritmo se me da así de bien. Los parciales comienzan a ser por debajo de los tres minutos. Empiezo a pensar que es posible correr en 1:33. “Esperen, ¿qué? ¿Medio litro de transpiración por los pies? ¿Escuché bien? No puede ser cierto”. Giro a ver a Scott para saber si él escucho lo mismo, pero no está. Viene ocho metros por detrás pero se lo ve entero. Con una gran sonrisa me dice “Vamos Michael, andá por ese PR”. Sigo solo, cada vuelta un poco más rápido que la

“CON LAS CARRERAS EN LA CARCEL ME DI CUENTA LO QUE ODIÓ PERDER. ME DI CUENTA QUE TOMAR ALCOHOL NO ME HACE BIEN”

anterior. Quien me cuenta las vueltas me muestra diez dedos, luego nueve, ocho. Cuando me acerco al puesto de hidratación mi gel sigue en el mismo lugar donde lo había dejado. Todo va bien. Empiezo a soñar con 1:31.

Poco después escucho los pasos de Jeff por segunda vez. “La estás rompiendo”, alcanzo a decirle. “Vos también te ves bien”, me grita. Detrás viene Gary. “¿Vas a alcanzarlo?”, le pregunto mientras señalo la figura de Jeff.

“Es muy rápido”, desliza mientras se aleja de mí sin demasiado esfuerzo. “No sé si podré”. Pero Gary es un tipo discreto. Seguramente lo sabe y yo estoy feliz de tener una ubicación privilegiada para ver cómo achica la brecha que lo separa de Jeff. Sé que, a pesar de sentirme super, este no es el ritmo al que debo correr y por eso desacelero unos segundos. Dentro de poco cruzarán el campo y no tendré problemas de visualizar el gran momento, el instante del cual charlaremos en el viaje de regreso a Portland.

Gary alcanza a Jeff alrededor de la herradura. Corren codo a codo a través del pantano. Delante de ellos hay un par al que están a punto de sacarles otra vuelta y justo frente a esos dos se encuentra la sección más angosta de todo el recorrido, el principio de la curva al granero, donde un guardia aguarda junto a una puerta abierta. Gary se da cuenta que tiene el tiempo justo para superar a los rezagados, así que se lanza como una avalancha. Jeff no logra leer la movida. Gary pasa por la puerta primero. “La puta madre”, Jeff refunfuña.

“FUE UN POCO ESCALOFRIANTE”, Gary admite en el viaje de vuelta. “En el momento pensé que Jeff me iba gritando”.

“Y bueno querido”.

“Cuando terminó me dio un poco de vergüenza acercarme a él. Todavía no estaba seguro, ¿sabés? Pero él fue muy gentil. Lo que pasó fue que se quedó atascado detrás de los tipos, así que creo que les gritaba a ellos, por frustración, o a sí mismo, porque tenía muchas ganas de ganar”.

“Pero por esa movida llegó segundo”, le digo.

“Pensé que tenía a un convicto enojado persiguiéndome”, se ríe. “¿Podés creer toda la fruta que había para después? Le digo que no creí que sirvieran mango”.

“Esta gente hace una gran carrera. Me sentí una estrella de rock”, declara Gary mientras sacude la cabeza.

“¿Cuándo fue la última vez que ganas una competencia?”, le pregunto.

“Tal vez haya sido en la secundaria”.

“¿El próximo año?”.

“Sí—dice Gary— quiero volver otra vez”.

Llevábamos un buen tiempo en la ruta de regreso. Aún le queda la tarde de trabajo por delante. Además hoy es el cumpleaños de su hijo, lo que significa que puede sacar el carnet de conducir para principiantes. Por mi parte, tengo un casamiento en la costa y me estoy comenzando a preocupar porque no tendré tiempo suficiente para bañarme antes de pasar a buscar a mis amigos. “Va a ser un día largo”, le digo.

“De vuelta al mundo de los libres”, dice Gary. “Problemas del mundo de los libres, allá vamos”.

“CUANDO ESTABA PRESO y sabía que iba a venir gente del exterior eran días maravillosos. Eran los días más especiales de todo el año. Voy a tratar de volver”.

“Ben Andrews me dijo que vendría con noso-

tros para los 21K", le digo, "Intentaré bajar los 90 minutos".

"Lo creeré cuando lo vea".

"Bueno, yo estoy dentro", le confirmando. "¿Vos contra Jeff? No me perdería eso."

"Estuve escuchando algo", me cuenta. "Los muchachos me llamaron desde adentro. 'Rock, ¿Vas a venir el mes que viene? Este tipo nuevo es verdaderamente rápido. ¿Creés que vas a poder contra él?'"

"¿Y creés que podés?"

"Después de salir, hubo momentos en los que me decía a mí mismo que nunca más iba a volver. Pensaba que toda mi vida iba a correr con esa pared ahí. Cuando salís, y salís a entrenar con el resto del mundo, tenés cosas en qué pensar. Planeás tu día, qué vas a cenar o qué película ir a ver al cine. Cuando estás encerrado, mientras trotaba, todos los días pensaba lo mismo, en cómo seguir. Odio ese muro. Me imaginaba volando por encima de la pared. Después, cuando regresé a correr la primera vez, mientras entraba en calor en la pista, me acerqué al muro y lo acaricié. Fue raro. Estaba feliz, lloraba de felicidad de estar de vuelta", confesó.

"¿Es difícil decir adiós a la hora de irse?"

"Lo es, cada vez que regreso. Me preocupo por los muchachos. Crecí con ellos. Realmente siento que maduré como persona ahí dentro", traga y su voz se quiebra de emoción. "La cosa más difícil es irme. Todavía no lo entiendo, es incómodo decir adiós".

A MEDIA NOCHE, paseando por el océano Pacífico, mis piernas se sienten ligeras. Dejamos una pila de zapatos a orillas del agua. Las olas rompen sobre nuestros pies. Alguien destapa el champagne. "Por Mollie y Russ", brindamos. Las estrellas brillan sobre nosotros. Todo esto, en vez de alejarme de lo vivido lo trae de regreso pero desde un nuevo enfoque.

Los hombres con los que corrí hoy. ¿Cuántas noches como las de hoy se perdieron? ¿Cuántos momentos de felicidad destruyeron? ¿Por cuánto habrán pasado sus víctimas? Tomar noción de que esta historia puede reavivar traumas del pasado me deja sin aliento.

Pero me quedo con algo que James me dijo. "Hay tres razones por las que corremos adentro. Corremos por nuestro pasado, por el estrés y la depresión de estar encerrados. Corremos hacia algo, haciendo lo que podemos para sentirnos sanos y normales. Y corremos por algo, para probarle al mundo que mejoramos, en honor de nuestras víctimas". Los kilómetros no reparan lo sucedido, pero no hace que el esfuerzo sea

menos noble.

Mis pies están entumecidos. Reprimo las ganas de gritar.

"¿Creés que podrás levantarte mañana temprano para salir a trotar?", pregunta Dempsey.

"No lo creo", le respondo.

"¿Sabés quiénes no se podrán tomar el día libre?"

Está bromeando, pero probablemente tiene razón. Mañana temprano, todos en la prisión —hasta Kip, el más lento— estarán esperando en sus celdas, con las zapatillas puestas, anticipando el momento en el que el guardia pase a llevarlos a correr.

Durante la carrera, Kip era solo otro de los hombres de azul. No tengo idea de cuántas vueltas le habré sacado. No se destacaba en ninguna forma. De hecho, no creo haber oído su nombre hasta una hora después de haber terminado, mucho después de que mi sudor se había evaporado, y mis muñequeras estaban secas como dos toallas dejadas al sol. Fue ahí cuando escuché al locutor anunciar: "A Kip le restan dos vueltas".

¿Alguien todavía corría? Ahí estábamos no-



Arriba a la izq: Jeff gozó de su victoria en 10K. Arriba a la derecha: un preso celebra su última carrera antes de quedar libre: Abajo a la izq y derecha: Kelley corre por la costa y recuerda sus años de preso.

otros, comiendo fruta acostados en el pasto sintiéndonos genial, y allá estaba Kip, 37 de 37, arrastrándose bajo la sombra del muro de ocho metros. Nos pusimos de pie.

Al verlo me di cuenta que Kip era el interno que abrochó la foto de su familia a sus pantalones. Mientras lo veíamos rodear el campo por última vez, los muchachos me contaron su historia. Kip era adicto a la meta-anfetamina. Un día se metió en una persecución a alta velocidad por la autopista y chocó un patrullero. Fue encerrado acá y después de su sentencia fue diagnosticado con cáncer renal. Sí, en esa parte, ¿te lo podés imaginar? Pero lo venció, le ganó al cáncer. Desde ese momento, a comienzos de año, hace apenas unos pocos meses, él y su esposa decidieron convertirse en runners. Decidieron que querían limpiarse por sus hijos y trabajar juntos por un objetivo en común. Aquí lo ves, por terminar su primera media maratón.

"Vamos Kip".

S
A
S
E
J
J
A
S
S
40
S
de
as
IE
33
ar
as